

ACERCA DE LA IMPARCIALIDAD

«QUESTI NON HANNO SPERANZA DI MORTE»

«INFIERNO»

La atonía mental de muchas gentes de hoy, es tan severa que la palabra «Imparcialidad» comienza a sonar como una palabra virtuosa. La imparcialidad es un estado de equilibrio que no presagia nada bueno. Porque la imparcialidad es, sobre todo, un equilibrio indiferente. ¿Será necesario recordar la actitud perezosa y torpe de las figuras en equilibrio indiferente? Hay una suerte de imparcialidad técnica que se ejerce judicialmente o en cuestiones de arbitraje que, como es natural, merece ser defendida. Pero yo no alcanzo a ver las ventajas de ser imparcial en un campo de deportes, de ser imparcial en el amor o sobre todo de ser imparcial en materia religiosa. La imparcialidad, en estos casos, revela de un modo mesurado y digno una absoluta falta de convicciones. La imparcialidad es la máscara inexpresiva y cultivada con que el hombre moderna su total desinterés por las cosas importantes. ¿Qué sentido tiene ser imparcial y desapasionado cuando se trata de religión? Ser imparcial en religión es tan absurdo como discutir de religión en nombre del ateísmo. Pero la actitud sería y poco comprometida hace fortuna, desgraciadamente, en tiempos tan comprometidos.

El otro día, me decía un amigo a quien le aconsejaba vivamente la obra de Charles Moeller:

—No sé, no sé!... Me temo que sea tendenciosa...

Y daba vueltas al libro con cierta aprehensión, no sea caso que le mordiera y le infestara el pulcro sentido de la imparcialidad que posee mi amigo en grado eminente.

Quedé desconcertado. ¿Qué significado puede tener la palabra tendencioso, aplicada a una obra confesional? El Diccionario de la Lengua dice que es tendencioso todo aquello que manifiesta o incluye tendencias hacia determinados fines o doctrinas. Ahora bien, si una obra de polémica es simplemente tendenciosa, a mí me pare-

ce impropia no por sus tendencias sino precisamente por la palidez de estas tendencias. A la obra confesional se le exige algo más que tendencia. Se le exige convicción, se le exige apasionamiento. En realidad, mi amigo practica la superstición de la imparcialidad y, según este criterio, vive en la convicción de que para que una obra resulte convincente ante todo debe proponerse no convencer a nadie.

La imparcialidad le parece comedida y desapasionada. Y el comedimiento y la falta de pasión cosquillean el espíritu sin alterarlo demasiado. Mi amigo vive, como tantas gentes de nuestros días, en una constante y suave adaptación de sus intereses y de sus realidades a un mundo práctico en el cual pretende descansar. Un mundo práctico que, para no fatigar la vista, intenta estrechar los horizontes. Un mundo práctico en el cual, en nombre de las seguridades de cuerpo, acaban por adormecerse las exigencias del espíritu. ¡Y es tan útil, tan proporcionado, moverse por este mundo sin aristas, adornado con severos distingos de imparcialidad! Sin embargo, no podemos aceptarlo. La imparcialidad es una forma de intelectualismo vergonzante, es el equilibrio vacuo por falta de peso, es la fórmula mágica que permite usar con reflexiva prudencia de la duda improductiva, de la desorientación culpable y de la falta de convicciones.

El imparcial entiende que la religión no debe ser tendenciosa. ¡Pobre imparcial! Sólo los pusilánimes o los tontos se confortan con la imparcialidad. ¿De qué manera Charles Moeller, que se ve obligado a polemizar tantas veces con hombres de talento, generalmente honrados y consecuentemente parciales, va a abandonar a la imparcialidad su honradez confesional? Para ser imparcial, es preciso mediar entre dos extremos, pero en materia de fe no hay más que un extremo. El imparcial,

equidistante entre dos o más creencias, no cree en nada. ¡Pobre religión, la del imparcial! Su mesurado punto medio es el lugar geométrico de todos los acasos, de todas las dudas, de todas las posibilidades y de todas las irrealizaciones. Sólo de una cosa está seguro el imparcial y es de su imparcialidad, de su imparcialidad que en cierto modo es la única forma de estabilizar una total falta de compromiso.

La imparcialidad no es lo contrario de fanatismo. La imparcialidad puede ser hasta fanática en su desapasionamiento. Lo contrario del fanatismo es la tolerancia. Y así como tiene gran sentido que un espíritu sea tolerante, no tiene ningún sentido que sea imparcial «La verdad os hará libres». Nada menos fanático que la libertad, pero nada tan apasionante como la verdad. El apasionamiento de los demás por una idea no debe quedar embotado en preventivas asepsias y distingos. Lo que hemos de ver es si su apasionamiento nos conviene, si su congruencia nos satisface y si su llave abre todas nuestras puertas. Preguntarse, ante la obra de Charles Moeller, si acaso será tendenciosa, es tan improductivo como preguntarse si Cristo fué imparcial. Cristo fué el menos imparcial de los hombres en la misma medida que era el más verdadero. En cuestiones de Verdad, la máxima imparcialidad se confunde con la parcialidad máxima.

Por lo demás, está visto que hoy por hoy la esclavitud, la intolerancia y todos los graves daños a que se somete el espíritu del hombre, se olvidan y se abandonan en amplios gestos de pacata imparcialidad. Conservar los pequeños beneficios materiales y olvidar las grandes exigencias del espíritu conviene a estos tiempos en que una suerte de miope imparcialidad levantando los muros de una estrechez en la que habremos de morir egoístas y graves.

Esteban Padrós de Palacios